

## *Celebración del 4 de julio*

### **Celebrando el 4 de Julio**

Por Marian I. Doyle  
Serie 4 de julio, 2002

Reimpreso por cortesía de la revista "Early American Homes".

(Después de la Revolución Norteamericana, en la víspera del 4 de julio se encendían hogueras monumentales, y por la mañana rompían a sonar campanas, armas de fuego y cañones).

Hubo una vez en Estados Unidos una época en la que el año estaba marcado por dos festividades importantes y ansiosamente esperadas -- la Navidad y el Día de la Independencia. De pedirse que escogiera cuál de ellas era la mejor, hasta los niños posiblemente hubieran escogido el 4 de julio. Tanto en el campo como en las ciudades, era un día de banderas ondeantes, emociones fervientes y placeres rimbombantes al conmemorarse una libertad ganada tan recientemente que no se la tenía todavía como algo definitivo e imposible de perder.

Una de las primeras descripciones de cómo se debía rendir tributo a este aniversario del nacimiento de nuestra nación aparece en una nota fechada el 4 de julio de 1777, enviada por Thomas Wharton, del Comité de Seguridad de Filadelfia, a los jueces de la ciudad. En ella les decía que los verdaderos amigos de la libertad habían expresado su deseo de celebrar festividades e iluminaciones públicas.

Se ordenó por lo tanto que hubiera fuegos artificiales en el campo comunal de la ciudad y se solicitó la ayuda de doscientos soldados para que controlaran el fervor de aquellos que bebieran demasiado patrióticamente.

Después de la guerra, el norteamericano medio halló que el costo de los fuegos artificiales importados de Europa era demasiado alto. No fue sino después de 1816 y con el comienzo de una industria local que los fuegos artificiales fueron una vez más una característica común de las festividades. Pero en la víspera se encendían hogueras enormes, y por la mañana rompían a sonar campanas, armas de fuego y cañones. Se erigían y coronaban árboles de la libertad. Los niños colgaban a Benedict Arnold en efígie hasta que los recuerdos de su traición se desvanecieron en el olvido. Veteranos de la guerra, encanecidos, rememoraban mientras supervisaban la reconstrucción de las grandes batallas libradas en sus pueblos y, como se decía entonces, se hacía chillar al águila.

La década de 1820 se convirtió en una época de enormes banquetes para celebrar el Día de la Independencia, acompañados de discursos y de una multitud de brindis. En la reunión de los Guardias de Armstrong, en Kittanning, Pensilvania, se propusieron treinta y dos brindis: Por el día que celebramos. Sagrado para la libertad y los derechos del hombre. Cuatro vítores! ... Los oficiales y soldados sobrevivientes del Ejército de la Revolución. Tres vítores! ... Por el presidente... Por el gobernador... Por el bello sexo... Por el canal de Pensilvania! Un inmigrante alemán, conmovido por el fervor del momento propuso su propio brindis -- ¡Freuheit und JS, nuestro genuge! una mezcla de alemán e inglés que traducido quería decir "libertad y mucha harina". El brindis fue recibido con grandes aplausos. También mereció aplausos un brindis final a los jacksonianos del otro lado del río. La política partidista se había introducido en el gran aniversario del país, y las discordias de un año de elecciones hicieron que los "jacksonianos" de Kittanning celebraran sus festividades en la ribera del río Allegheny opuesta a la que ocupaban los "adamistas".

En la década de 1830 se agregaron a las festividades que se celebraban en las ciudades espectáculos públicos en gran escala. En la ciudad de Nueva York el 4 de julio empezaba típicamente con el tronar de cañones y el despliegue de banderas, banderines y gallardetes de los mástiles de cientos de barcos anclados en el puerto. Hasta donde alcanzaba la vista se veían banderas ondeantes y las calles estaban llenas de gente. Niños con sombreros empenachados esgrimían espadas de latón y brincaban alegremente al son de marchas interrumpidas por las andanadas del fuego de artillería disparado en el parque de exhibiciones militares.

Con el oscurecer venía el brillo trémulo de miles de lámparas a lo largo de avenidas llenas de puestos que vendían chucherías, gaseosas y prácticamente todos los manjares indigestos conocidos por el hombre. Repetidas detonaciones de petardos aumentaban la anticipación que luego se convertía en vítores, al alzarse en el cielo un globo iluminado en oro y al estallar por encima del mismo un cohete con brillo plateado. Seguían a esto serpientes feroces que se retorcían en el aire, fuentes de las que caía fuego, y

rayos de luz que eclipsaban a las estrellas hasta que, con un bombardeo de estruendo ensordecedor, el espectáculo terminaba hasta el próximo año.

Si bien lo celebraban en forma menos espectacular, la gente del campo de ese tiempo esperaba la llegada del Día de la Independencia con el mismo fervor que lo hacían sus contemporáneos mundanos de la ciudad. La primavera y el verano los vio arando, sembrando y carpiendo, y pronto estarían cosechando el heno. Pero durante un día de fiesta glorioso celebrarían el 4 de julio, cuando las familias de todas las granjas vecinas se reunían en un lugar de merienda campestre favorito para disfrutar de un descanso en sus responsabilidades diarias. Los niños tendrían su maíz tostado y sus petardos. Los mayores se pondrían al día los unos con los otros luego de largas semanas o meses de aislamiento. Los discursos compensarían con entusiasmo patriótico su falta de refinamiento. Habría meriendas, whisky, juegos y bailes al son de un violín. Al oscurecer habría una hoguera y quizás se lanzarían uno o dos cohetes antes del somnoliento retorno al hogar.

Aquellos que vivían en la década de 1830 en un pueblo o una ciudad pequeña podían anticipar un día de vertiginosas actividades que, desde el punto de vista de un niño casi parecían cosa de magia. Todo muchacho con pólvora en las venas se levantaba antes del amanecer para oír el fuego de artillería, las campanas y las voces que saludaban la salida del sol. Se abría paso a través de un desayuno que no comía porque la excitación se lo impedía, y luego ejercitaba a sus hermanos y hermanas menores en ejercicios militares hasta la hora de partir.

El pueblo entero pronto llenaba las calles que habían sido lavadas la noche anterior para evitar el polvo. Las mujeres preparaban un banquete sobre mesas colocadas dentro de grandes tiendas. Los hombres comprobaban activamente los arreglos hechos, vestían uniformes y afinaban los instrumentos musicales. Los niños corrían alegremente de un lado a otro hasta que se les ordenaba callarse y observar cómo los milicianos se formaban en el prado. Allí miraban reverentemente, con la boca abierta, o marcaban ruidosamente el paso en sus propias filas desordenadas hasta que sonaba el clarín, los tambores repiqueteaban su ritmo irresistible y empezaba la procesión hacia la iglesia.

Una vez adentro se tranquilizaban. Los milicianos y los invitados de honor ocupaban las filas delanteras. La gente joven se adueñaba de las galerías, de donde podían ver el mar de vestidos de muselina blanca y de abanicos en movimiento sin perder detalle. El pastor era el primero en levantarse para elogiar al país, a los presentes y su fe en Dios, mientras que los muchachos miraban con envidia a otros que una vez fueron sus compañeros de juego y que habían crecido lo suficiente para ponerse firmes orgullosamente en sus nuevos uniformes de la Guardia. De repente el silencio era roto por el estruendo de la banda militar. El son de "Saludo a Columbia" hizo que todos taconearan el piso en éxtasis, haciendo un ruido que ni la trompeta ni el tambor podían ahogar. Los corazones palpitaban, los ojos se tornaban hacia la bandera, la expectativa crecía al adelantarse el orador.

Este podía ser el hijo de un hombre que había conocido el fragor de la batalla, había visto Lexington y Concord, había sentido la exaltación del primer himno a la libertad en el tañido de la gran campana de Filadelfia. Podía ser un habitante de la ciudad que se había distinguido en la jurisprudencia o la política, arrebatado por el entusiasmo de una generación nacida con el derecho de ser ciudadano de una nación joven. Pero quienquiera que fuese, hablaría en tono resonante acerca del sacrificio, el valor, el pasado noblemente ganado y el futuro brillante, hasta que la multitud creía y compartía con él su visión de un Estados Unidos no realizado todavía. Al concluir el largo discurso en una explosión de aplausos y lágrimas, habría canciones llenas de emoción, una bendición final, y un éxodo de regreso hacia el sol de un día de meriendas campestres, excursiones, competencias, juegos y risas. La noche terminaría en una fantasía infantil de fuegos artificiales organizados por los hombres -- candelas, torpedos y ruedas y estrellas resplandecientes de formas caprichosas.

Era una manera magnífica de celebrar un nacimiento, y más parecida a como John Adams predijera una vez que se celebraría siempre el 4 de julio, una manera que jamás volveríamos a ver. Veinte años más tarde el significado del día había disminuido, "se había desvanecido en salitre vil, explotado en petardos y lanzado en cohetes hacia el espacio empíreo", lamentó el redactor de la revista "Harper's Monthly". El orador patriota compite ahora con atracciones secundarias compuestas de vendedores ambulantes, actos de circo e interrupciones chisporroteantes. Los muchachos ya no trepan hacia la punta de un poste coronado por un gorro de libertad, y nadie recuerda las viejas canciones que una vez se cantaban en las trece colonias ansiosas de autodeterminación.

"Nacimos en libertad y, como hijos de los valientes, nunca nos rendiremos, sino que juramos defenderla y despreciamos la supervivencia si no podemos salvarla". A los adultos les horroriza ahora el ruido y el alboroto del día. Sin embargo, mismo en medio del caos, los filósofos hallaron esperanza en la euforia que hacía que todo fuese tan exasperante. "Todo el dinero de todos los tesoros nacionales no podrían comprar la juventud, la salud, la esperanza y la despreocupación que hacen que nuestro festival sea tan hermoso", escribió el redactor de "Harper's". Después de todo, algo debe perdonarse en el espíritu de la libertad. Y en alguna parte en los confines distantes de un día claro, mucho más allá del humo y el furor, creyó que podía oírse todavía el chillido del águila.

(Distribuido por la Oficina de Programas de Información Internacional del Departamento de Estado de Estados Unidos. Sitio en la Web: <http://usinfo.state.gov/espanol>)